

ANHELOS E INQUIETUDES DE LAS MUJERES LITERANAS EN EL FRANQUISMO A TRAVÉS DE LAS CARTAS DIRIGIDAS A ELENA FRANCIS

ANHELS I INQUIETUDS DE LES DONES LLITERANES EN EL FRANQUISME A TRAVÉS DE LES CARTES DIRIGIDES A ELENA FRANCIS

DESIRES AND CONCERNS OF WOMEN OF LA LITERA IN THE FRANCOISM THROUGH THE LETTERS ADDRESSED TO ELENA FRANCIS

INMACULADA GRACIA GALITÓ, SILVIA ISÁBAL MALLÉN

RESUMEN

A través de su programa radiofónico, Elena Francis llegó a ser consejera sentimental, guía y consuelo de millones de españolas, que convirtieron el programa en un auténtico fenómeno de masas. A través de este trabajo se pretende concretar el perfil de las mujeres de la comarca de la Litera (Huesca) que confiaron sus anhelos e inquietudes a este célebre personaje en el periodo 1956-1963.

Palabras clave: Franquismo, consultorios femeninos, Elena Francis, la Litera, mujer rural

RESUM

A través del seu programa de ràdio, Elena Francis va arribar a ser consellera sentimental, guia i consol de milions d'espanyoles, que van convertir el programa en un autèntic fenomen de masses. A través d'aquest treball es pretén concretar el perfil de les dones de la comarca de la Llitera (Osca) que van confiar els seus anhels i inquietuds a aquest personatge cèlebre en el període 1956-1963.

Paraules clau: Franquisme, consultoris femenins, Elena Francis, la Llitera, dona rural

ABSTRACT

Through her radio program, Elena Francis became a sentimental adviser, guide and comfort to millions of Spanish women, who turned the program into a true mass phenomenon. Through this work it is intended to specify the profile of the women of the region of La Litera (Huesca) who entrusted their desires and concerns to this famous character in the period 1956-1963.

Keywords: Francoism, consultancy, Elena Francis, La Litera, rural woman

INTRODUCCIÓN

En 2019, las autoras de este trabajo iniciaron una serie de conferencias que tenían como objeto dar a conocer las inquietudes de las mujeres literanas del franquismo a través de la serie de cartas que algunas de ellas dirigieron al conocido consultorio femenino liderado por Elena Francis. Las conferencias, con el título «El consultorio de Elena Francis en la Litera», fueron impartidas en Alcampell, Albelda, Binéfar, Altorricón, Tamarite de Litera, San Esteban de Litera, Esplús, Estopiñán (Ribagorza) y Binaced (Cinca Medio), y atrajeron a numeroso público, especialmente compuesto (aunque no de forma exclusiva) por mujeres que vivieron esa época y conocieron el programa, lo que provocó interesantes debates que pusieron de manifiesto la opresiva realidad de la mujer durante la dictadura franquista.

Para la preparación de estas conferencias se recurrió a la bibliografía existente sobre este programa, resultando especialmente útil el libro *Las cartas de Elena Francis. Una educación sentimental bajo el franquismo*, obra de Armand Balsebre y Rosario Fontova (2018), que basa sus conclusiones en las cartas que se encontraron, en 2005, en un almacén de la localidad barcelonesa de Cornellá. Del más de un millón de cartas que estaban allí abandonadas, unas 100 000 pudieron recuperarse para su estudio y conservación en el Archivo Comarcal del Bajo Llobregat (ACBL) y, de ellas, aproximadamente un 10 % se encuentran catalogadas y digitalizadas, entre ellas, las cartas escritas por mujeres literanas que son objeto del presente estudio.

Basándose en una muestra de 4325 cartas, Balsebre y Fontova consiguieron radiografiar a la «mujer Francis», cuyo perfil mayoritario corresponde al de una muchacha joven, sin apenas estudios, que había emigrado desde su pueblo a una gran ciudad en pos de una oportunidad laboral, huyendo de la miseria o de las tensiones familiares. Una mujer que se sentía sola y desarraigada y buscaba, en su correspondencia con Elena Francis, una guía orientadora.

Sin embargo, las mujeres literanas que se dirigieron al programa no pueden encuadrarse en ese perfil, ya que vivían en pueblos en los que contaban, además, con importantes redes sociales de apoyo. Es por esa razón por lo que creemos necesaria una perspectiva más específica de las motivaciones que llevaban a una mujer que residía en un entorno rural a confiar en un consultorio femenino, en este caso el de Elena Francis, y lo haremos a través del análisis de doce cartas escritas entre 1956 y 1963 por mujeres residentes en la comarca de la Litera.

BREVE HISTORIA DEL CONSULTORIO RADIOFÓNICO DE ELENA FRANCIS

El *Consultorio para la mujer* o Consultorio de Elena Francis nació el 27 de noviembre de 1950 desde las antenas de Radio Barcelona. Se trataba de un programa publicitario del Instituto de Belleza y Depilación Francis, un centro de belleza barcelonés que incorporaba las últimas innovaciones tecnológicas del sector. El programa servía como plataforma comercial para el centro y también para los productos que allí se utilizaban,

que eran fabricados por laboratorios de la misma empresa (Laboratorios Ifarmax o Bel-Cosmetics) y se enviaban a cualquier punto de España a través del giro postal.

A pesar de que para las oyentes del programa la existencia real de Elena Francis nunca fue cuestionada, lo cierto es que se trataba de un personaje de ficción al que dio nombre la esposa del propietario del Instituto, Francisca Bes Calvet, que jugó con su propio nombre y con el de su abuela paterna (Elena). Sin embargo, desde una perspectiva comunicativa, fue sobre todo una creación de la que fuera primera guionista del programa, Ángeles Castells, cuya actividad profesional en Radio Barcelona estuvo vinculada a la Sección Femenina y las distintas agrupaciones de Acción Católica, por lo que el pensamiento ideológico de la señora Francis, especialmente en su primera época, seguía las directrices de estas instituciones. El programa se convirtió así en un valioso instrumento de adoctrinamiento político y religioso y control de la conducta femenina, y esa línea narrativa continuó incluso tras la marcha de Ángeles Castells en 1954.

El programa, que comenzó como una emisión de ámbito catalán, pronto pasó a otras emisoras de la Cadena SER de distintos puntos de España, lo que amplió considerablemente el número de mujeres que integraban el «Universo Francis». Sin embargo, no alcanzaría la totalidad del territorio nacional hasta que, en 1965, fue trasladado a Radio Peninsular, la cadena comercial que puso en marcha Radio Nacional de España, donde se mantuvo hasta su definitiva desaparición el 31 de enero de 1984. En esta nueva etapa, Juan Soto Viñolo¹ ocupó la función de guionista y el programa fue adaptándose a los nuevos tiempos, mostrándose progresivamente menos moralizante en determinadas cuestiones, aunque su enfoque todavía conservador le hizo perder de forma definitiva el favor de la mujer española ya entrada la Transición.

El éxito del programa fue tal que en sus momentos de mayor popularidad llegó a recibir entre 25 000 y 30 000 cartas mensuales. Por supuesto que no todas fueron radiadas, pero sí que fueron todas respondidas, pues se consideraba que detrás de ellas había siempre una clienta potencial. Para ello, y al margen de los guionistas del programa radiofónico², existía un equipo que era el encargado de encarnar a Elena Francis para las miles de mujeres que llegaron a escribir al personaje. Como se supo en 2005, toda esa correspondencia se había conservado, lo que incluía la carta original y una copia de la respuesta dada por Elena Francis, lo que supone un importante fondo documental que constituye la auténtica manifestación de las inquietudes, comportamientos y sentimientos de la mujer española especialmente durante el franquismo.

Elena Francis se convirtió, gracias a sus respuestas, en madre, amiga, confidente, confesora y ángel de la guarda de las millones de mujeres que escuchaban diariamente su programa. Unas mujeres que buscaban en ella guía y consuelo para sus problemas, porque la inmensa mayoría de las que escribían eran mujeres desdichadas, preocupadas por temas que tenían que ver con su aspecto, con cuestiones domésticas, con su formación,

¹ Juan Soto Viñolo escribiría en 1995 un libro en el que contaría su experiencia. Saber que las respuestas de Elena Francis habían sido escritas por un hombre causó un importante revuelo en su momento.

² En dichas memorias, Juan Soto llegó a reconocer que algunas de las cartas que se radiaban estaban manipuladas o habían sido directamente inventadas, lo que hace más valioso el hallazgo de Cornellá, que representa a la mujer real de la época.

con relaciones personales (novios, padres, maridos, suegras, amigas...), con su trabajo, con la educación de sus hijos, con problemas económicos o con enfermedades propias o ajenas, por citar las más habituales. La infelicidad de la «mujer Francis» se manifestaba sobre todo en los seudónimos con que muchas de ellas firmaban sus cartas: «una desesperada incomprensida», «una desgraciada», «una enamorada que sufre» «un corazón sangrando»³... recurso que, como veremos, no fue muy utilizado por las mujeres literanas.

LAS CARTAS DE LAS MUJERES LITERANAS

Las cartas analizadas son doce, procedentes de Alcampell (3), Algayón (2), Binéfar (5), Cuatrocorz (1) y Tamarite de Litera (1), aunque el número de consultantes asciende a catorce, ya que dos de las cartas contienen preguntas hechas por dos amigas. Fueron escritas en 1956 (1), 1957 (7), 1959 (1), 1961 (1) y 1963 (2), coincidiendo con la época de universalización de los receptores de radio, que se convirtieron en el medio favorito para la información y el ocio de los hogares españoles. La datación de las cartas corresponde pues, dentro de la historia de la dictadura franquista, a un periodo en el que se dejó atrás la autarquía —con sus miserias y cartillas de racionamiento— y comenzaba ya a vislumbrarse el crecimiento espectacular que tendría lugar en la etapa del desarrollismo.

En realidad, el número de cartas recibidas en el consultorio de Elena Francis desde la Litera debió ser más elevado, no solo porque debieron ser más las oyentes que se atrevieron a consultar sus problemas con el célebre personaje, sino porque muchas de ellas se dirigieron a ella en varias ocasiones, algo que reconocen haber hecho tres mujeres de la muestra analizada.

El Archivo Comarcal del Bajo Llobregat ha eliminado de los sobres y las cuartillas, de cara a proteger la identidad de las remitentes, su nombre y dirección, pero ha conservado su firma cuando esta consiste en el nombre de pila (Pepita⁴, Montse⁵, Marisa⁶, Pilarín⁷, Violeta y Blanca Nieves⁸), iniciales (R.I.⁹) o un seudónimo (Una Enlutada¹⁰). Utilizaremos estos nombres para referirnos a sus consultas, mientras que para aquellas remitentes de las que carecemos de identificación (real o ficticia), emplearemos la expresión N.N. seguida de su población, por lo que en el relato aparecerán N.N. (Binéfar)¹¹, N.N. (Tamarite)¹², N.N. (Alcampell)¹³, N.N.1 (Algayón)¹⁴ y N.N.2 (Algayón)¹⁵.

Como ya hemos dicho, el Consultorio apareció con un ámbito de difusión catalana desde Radio Barcelona, sin embargo, a partir del decreto de 9 de julio de 1954 sobre

³ Balsebre y Fontova (2018), p.483

⁴ ACBL50-19-T2-570969

⁵ ACBL50-19-T2-571379

⁶ ACBL50-19-T2-630907

⁷ ACBL50-19-T2-630632

⁸ ACBL50-19-T2-571735

⁹ ACBL50-19-T2-570199

¹⁰ ACBL50-19-T2-590384

¹¹ ACBL50-19-T2-610050

¹² ACBL50-19-T2-571319

¹³ ACBL50-19-T2-571846

¹⁴ ACBL50-19-T2-570717

¹⁵ ACBL50-19-T2-560448

transferencias de concesiones de emisoras locales, la Cadena SER inició una campaña expansiva que le hizo aumentar poco a poco el número de emisoras vinculadas a ella. Una de ellas fue Radio Zaragoza, a través de la cual escuchaban el programa las mujeres literanas en 1957 —año del que proceden la mayoría de las cartas analizadas—, tal y como afirma en su carta N.N.1 (Algayón). También, gracias a la carta de Marisa (Binéfar) sabemos que el programa se emitía, en 1963, a las siete de la tarde, aunque su convecina Pilarín se quejaba, ese mismo año, de la mala calidad del sonido.

No se conservan las respuestas de todas las cartas. El paso de los años y la acción de la humedad y los parásitos han hecho que en muchas ocasiones haya sido imposible recuperar algunos contenidos. Por esa razón, de las cartas remitidas por Una Enlutada (Binéfar), N.N. (Tamarite), N.N. (Alcampell) y N.N. (Binéfar) no se conserva la respuesta dada por el consultorio, mientras que de la carta de R.I. (Cuatocorz), solamente nos ha llegado una parte.



Fig. 1: Carta dirigida a Elena Francis con matasellos de Alcampell. ACBL

RADIOGRAFÍA DE LAS «MUJERES FRANCIS» LITERANAS

Distribución por edades

Las «mujeres Francis» de la Litera eran muy jóvenes, tal y como se desprende de sus cartas, en las que la mayoría apuntan específicamente su edad. No lo hace Montse (Binéfar), aunque la temática de su consulta, relacionada con jóvenes de sexo masculino, permite deducir su pertenencia también a este grupo. Imposibles de deducir son, sin embargo, las edades de Pepita (Alcampell), Marisa (Binéfar), N.N.2 (Algayón) y N.N. (Tamarite), cuyas cartas tratan sobre productos cosméticos y carecen de referencias a sus vidas personales.

De las que conocemos su edad, esta oscila entre los 15 años de R.I. (Cuatocorz) a los 20 de Una Enlutada (Binéfar) y N.N.1 (Algayón). El perfil mayoritario coincide así con

el que resulta de las investigaciones de Balsebre y Fontova (2018), que afirman que prácticamente la mitad de las cartas dirigidas a Elena Francis están escritas por muchachas comprendidas en esa franja de edad, siendo ese porcentaje incluso mayor en la Litera.

Por otro lado, la gran mayoría parece que fueron firmadas por los nombres reales, recurriendo al uso de seudónimo únicamente una chica de Binéfar que firma como Una Enlutada, mientras que dos amigas de Alcampell que escriben la carta de forma conjunta utilizan nombres evidentemente falsos (Violeta y Blanca Nieves, aunque Elena Francis también se dirige a esta última con el nombre de Nieves).

Trabajo, estudios y nivel social

Poco podemos deducir, a través de las cartas, de la ocupación de la «mujer Francis» literana. Solamente N.N. (Alcampell) cuenta que era hija de un sastre y trabajaba tan duramente en el taller de su padre, que la posibilidad de dar un paseo diario de media hora —para hacer desaparecer la barriga que, según ella, era consecuencia precisamente del elevado número de horas que permanecía sentada e inclinada hacia adelante—, le resultaba imposible.

Eso no significa que, con toda seguridad, el resto careciera de ocupación, ya que lo habitual era que las jóvenes trabajaran, en casa o fuera de ella. Dado que la Litera es una zona rural, muchas lo harían en el campo, donde las mujeres (solteras y casadas) compaginaban sus tareas domésticas con las realizadas en las pequeñas explotaciones agrícolas y ganaderas, aunque su labor siempre se consideró como una «ayuda» a la efectuada por los varones. Otras lo harían en pequeñas empresas familiares (sería el caso del taller de sastrería de Alcampell, pero podríamos incluir establecimientos comerciales y de hostelería, pequeñas industrias, peluquerías...), algunas de las cuales también exigían la participación de los miembros de la unidad familiar. Por otra parte, no debemos olvidar que en la Litera existían dos centros semiindustriales —Binéfar y Tamarite— que contaban con empresas (alimentarias, textiles, de servicios...) que utilizaban habitualmente mano de obra femenina. Allí las jóvenes trabajarían hasta el momento del matrimonio, ya que el franquismo, a través de diversas Reglamentaciones del Trabajo, expulsó a las mujeres casadas de los espacios de producción, relegando exclusivamente su presencia al ámbito doméstico.

Aunque parezca una obviedad, hay que remarcar que la «mujer Francis» literana residía en un núcleo urbano¹⁶, ya que a las numerosas jóvenes que vivían en el campo, en los hábitats dispersos de la comarca privados de electricidad, les resultaba imposible escuchar la radio. Quizá por esa razón, porque en los pueblos tuvieron posibilidad de acudir a centros de enseñanza¹⁷, el análisis de su nivel educativo —deducido de las cartas, todas manuscritas, que dirigieron al consultorio— nos muestra una formación en general adecuada, ya que las cartas aparecen escritas con buena letra, con una ortografía de nivel variable pero en cualquier caso aceptable y con una redacción que solamente zozobra cuando las explicaciones son largas. Las autoras dominaban la

¹⁶ En ocasiones muy pequeños, como es el caso de Cuatrocorz, cuya población en 1960 la constituían 63 habitantes (Murillo, 2010).

¹⁷ La educación femenina en la Litera durante el franquismo ha sido estudiada por M.^a Pilar Marqués Cobo (2020).

correspondencia y utilizaban correctamente encabezados y frases corteses para la despedida, lo que confirma una adecuada escolarización. Solamente escapan a esta interpretación las cartas firmadas por N.N. (Tamarite) y Una Enlutada (Binéfar) cuya ortografía y puntuación hacen pensar en una escasa asistencia a la escuela.

En cuanto a su nivel social y económico, no podemos hacer otra cosa que deducirlo. La falta de referencias a carencias materiales o dificultades económicas y el hecho de que en unos tiempos de escasez, en los que pocos se concedían caprichos personales, estas literanas escribieran al consultorio para interesarse por moda y belleza, nos hacen pensar en economías un tanto desahogadas. Los productos estéticos en general y los de los Laboratorios Francis en particular no eran especialmente baratos y, en realidad, estaban fuera del alcance de la mayoría de mujeres que escuchaban el consultorio. Sin embargo, Marisa (Binéfar) se declara habitual consumidora de los productos Francis y N.N.2 (Algayón) realiza un pedido tras haber sido informada de los precios. En otras consultas, como las realizadas por I.R. (Cuatrocorz) y Blanca Nieves y Violeta (Alcampell), se deja entrever un completo guardarropa e incluso la primera hace una referencia a la conveniencia de llevar joyas. Además, Montse y Una Enlutada (Binéfar) incluyen en su carta cinco pesetas para ayudar a Elena Francis en las múltiples causas benéficas en las que esta se involucra.

En resumen, por su escolarización y por ese dinero del que parecen disponer para caprichos, podemos afirmar que la «mujer Francis» de la Litera quizá no pertenecía a una clase acomodada, pero sin duda pertenecía a una familia que no experimentaba demasiados apuros económicos.

Algunas de estas cartas nos permiten, además, acercarnos a la diversión de estas jóvenes, marcada por el cine, el baile y el paseo de los domingos y días festivos. Las obligaciones religiosas, en cambio, que por lógica también tenían lugar esos días, solo aparecen citadas por la joven de Cuatrocorz. Se deduce que para ellas eran ocasiones especiales las fiestas mayores y las bodas, que era cuando tenían ocasión de conocer a chicos diferentes de los que trataban habitualmente, con muchos de los cuales mantenían una relación casi fraternal.

TEMÁTICA DE LAS CONSULTAS

Aspecto personal, belleza y moda

Si Balsebre y Fontova (2018) ya observaron que la mayoría de las consultas dirigidas a Elena Francis versaban sobre cuestiones relacionadas con la belleza y el aspecto personal, esa preocupación resulta vital en las consultas de las mujeres literanas y aparece de forma directa en 10 de las 12 cartas, en ocasiones junto a otro tipo de cuestiones.

Así, vemos que R.I (Cuatrocorz) quería rellenar sus cejas y pestañas, interesándose también por un producto depilatorio; Pepita (Alcampell) se preocupaba por unas manchas que le producía su cutis seco; Blanca Nieves y Violeta (Alcampell) dudaban de la correcta relación entre su peso y su altura y querían saber cómo eliminar los granitos de la cara de la segunda; N.N. (Alcampell) no solo se preocupaba por su barriga sino

también por su pelo, que era seco, ondulado, quebradizo y con caspa (a diferencia del de sus amigas, cuyas melenas lucían lisas, largas y sedosas) y se interesaba también por los antiestéticos puntos negros del cutis graso de su amiga.

Giran también en torno a la belleza las consultas de N.N. (Binéfar) que quería saber cómo maquillarse los ojos para que quedaran «bien bonitos», así como un consejo para dar algo de color a su blanquecina tez; la petición de N.N. (Tamarite) de algún remedio para eliminar rojeces, puntos negros y granos de su cara, y la solicitud de leche de belleza y crema Grani-San de N.N. 2 (Algayón).

Hay dos cartas que solicitan productos de belleza dejando la elección definitiva en manos de Elena Francis. Son los casos de Marisa (Binéfar) y Pepita (Alcampell). La primera deseaba adquirir el maquillaje La Tropical, pero dejaba la elección de la tonalidad, tras describir su aspecto, a juicio de la consejera, mientras que la segunda afirmaba que hasta entonces «no ha probado ninguna crema» y necesitaba una que solucionara su problema de cutis seco penoso a mostrar algunas manchas.

Esta preocupación por el aspecto físico resulta inherente al modelo femenino que impuso el franquismo, y es que, a través de la prensa femenina, del cine y de la publicidad, el modelo a seguir era el de una mujer cuya belleza y elegancia le habían permitido encontrar marido y, más tarde, conservarlo. Eso sí, ese aspecto exterior debía manifestarse sin demasiadas estridencias, no haciendo el ridículo y sin llamar la atención. Ese mensaje había calado también en las mujeres literanas que, aunque residentes en el medio rural, escuchaban la radio, estaban al día de la prensa femenina que ojeaban en casa de la modista o en la peluquería y tenían en el cine uno de sus pasatiempos dominicales. Dado que el destino de toda mujer era la familia y el hogar, es fácil comprender que lo que ellas consideraban «defectos» iban a alejarlas de la posibilidad de encontrar un marido que les ofreciera esa vida llena de dicha y felicidad que prometía la doctrina oficial. Esa preocupación queda muy patente en las afirmaciones de N.N.1 (Algayón), que temía que su aspecto físico fuera el culpable de que «ningún chico se me haya acercado a hacerme el amor», a pesar de sus ganas de tener novio. Su autoestima estaba tan baja que, informada de que un chico que le gustaba estaba interesado en ella, no se lo creía porque «ese chico puede ir con chicas mejores que yo», en una clara identificación de su propia valía con su aspecto personal. Esta joven se interesaba por tinte para el pelo y alguna crema capaz de dar color a su tez blanquecina, además de confesar a la consejera el terrible drama que intentaba ocultar de sus vecinos y que, según ella, iba a impedir que alguna vez tuviera novio: la miopía.

Incluso sin haber una consulta sobre belleza y moda, el aspecto físico también aparece citado en una carta relacionada con temas sentimentales. Así, Pilarín (Binéfar) se definía a sí misma como «muy bonita y a veces dicen que demasiado, porque dicen que soy de las que hacen sufrir», en otra clara identificación de la valía personal con el aspecto exterior.

Por otra parte, la moda también aparece como inquietud en dos de las cartas. R.I. (Cuatrocorz) anhela un vestuario nuevo y apropiado para ir de veraneo, interesándose por lo más adecuado para ir a misa (tul, mantilla, «casquito») y por los tipos de bolsos apropiados para cada ocasión; mientras que Violeta y Blanca Nieves (Alcampell) querían conocer los colores de moda para completar su guardarropa.

Binéfar a G. Oporto 63.

Para Elena Francis

Ojalá: sus escucho a las siete
me consultarán y también empleo
algunos de sus productos, y estoy
encantada por un encuentro en el
difícil problema que soy de un
pueblo y no me es posible encontrar
la Tropical, que es una que llapi en
liquido y estoy encantada con él.

Se me sale violenta le agradezco
me la mandara enseguida y la
continuaré le mandare el dinero.

El color soy rubia y me va bien
Elena siempre empleo el natural pero
prefiero algo mas oscuro lo dejo a tu
gusto

Quiero aprovechar para saludarla
11. Una amiga que le aprecie

Marisa

Fig. 2: Carta de Marisa (Binéfar). ACBL

Problemas con los padres

Aunque las cartas analizadas no giren en torno a un problema generacional, se intuye en dos de ellas la existencia de una brecha entre sus autoras y sus progenitores. Lo cierto es que entre las jóvenes que se dirigían a Elena Francis y sus padres existía una acusada diferencia: ellas no habían vivido la guerra, pues habían nacido en el curso de la misma o inmediatamente después, por lo que no tenían muertos a los que llorar o exiliados o encarcelados a los que añorar. Por otra parte, su escolarización había tenido lugar ya, desde el comienzo, en plena dictadura, por lo cual habían asimilado sus directrices, entre las cuales se encontraba el papel destinado a la mujer. Su adolescencia se estaba produciendo, además, en una época con menos carencias que la anterior y unas ciertas expectativas de mejora social.

Así pues, estas jóvenes que ansiaban parecerse a sus modelos mediáticos no podían confiar en sus madres (seguramente víctimas de lutos perpetuos y cuyo cutis únicamente había sido cuidado con agua y jabón) para esos problemas de belleza que les atormentaban y cuya trascendencia no era comprendida por sus mayores. Sí confiaban en su círculo de amigas, que estaban en la misma situación de inseguridad que ellas, y son frecuentes las alusiones a consejos ajenos, pero ante la duda, nadie mejor que una mujer tan sabia, elegante y de mundo como Elena Francis para guiarlas en un proceso de cambio a través del cual adquirir una apariencia moderna y acorde con los nuevos tiempos.

Estos problemas quedan patentes en varias cartas. Por ejemplo, R.I. (Cuatrocoz) se dirigía a Elena Francis como «la única apropiada» para explicarle cómo debía vestir una joven de su edad (15 años), lo que indica una voluntad de escapar de una forma de vestir anañada y clásica (anticuada y pueblerina seguramente según su percepción) que le sería impuesta, al mismo tiempo que, gracias a la respuesta de Elena Francis, se dotaría de argumentos para rebatir los criterios paternos y lograr algunas concesiones.

También N.N. (Alcampell), al remitir la consulta de su amiga, afirmaba que «sus papás aseguran que con cremas y potingues no hace más que estropearse el cutis» y, aunque deseaba obedecerles, ambas consideraban una lástima vivir con puntitos negros en nariz y barbilla y deseaban saber qué hacer.

La búsqueda del príncipe azul (y el miedo a no encontrarlo)

Durante la dictadura, el fin de la mujer era, pues, el matrimonio y la maternidad, mientras que a los chicos se les permitía disfrutar de la juventud. De esta forma, aparecía frecuentemente un conflicto entre unos chicos con actitudes tibias que no ponían demasiado interés en la relación y unas chicas que deseaban formalizarla cuanto antes.

Hay tres cartas, curiosamente las tres de Binéfar, que hacen referencia directa a la búsqueda del príncipe azul, ese novio que luego debía convertirse en marido y cuya elección, en unos tiempos en que no había divorcio, debía ser cuidadosa y sensata, siguiendo un cortejo cuyas etapas estaban perfectamente dictadas y que incluían, tras un tiempo de coincidir en el baile, el cine o el paseo, el intercambio de fotos y conocer a los padres respectivos.

Montse, por ejemplo, estaba preocupada por la falta de interés que mostraba el chico que le gustaba y que había conocido en un baile. El muchacho residía fuera y apenas mostraba deseos de ponerse en contacto con ella. Montse además se culpaba por no haber accedido a entregarle una foto suya cuando él se la había requerido, achacando a ese contratiempo la situación. Consciente de que alguien pudiera adelantársele («está muy requerido por las chicas»), no sabía si escribirle y aprovechar para, entonces, enviar la imagen. La respuesta de Elena Francis no le aconsejaba nada visceral, únicamente «manifestar el suave deseo de ser amigos», y es que:

las muchachas que siguen el moderno procedimiento de insinuarse pierden el tiempo, pues nada hay que les fastidie más a los hombres que saberse ya conquistados en vez de ser ellos los conquistadores, porque esto les quita hombría.

N.N. pide consejo a Elena Francis sobre dos chicos a los que ha conocido. Sin dar muchos detalles sobre ellos, le pregunta sobre las posibles (buenas) intenciones del primero e inquiere a la consejera sobre su propio comportamiento con el segundo, al no haber querido contestar una carta («bastante inmoral» según ella) que había recibido de él.

También buscaba el sabio consejo de Elena Francis Pilarín, a la que le martirizaba la posibilidad de que el chico del cual estaba enamorada y que se encontraba en Ifni haciendo el servicio militar, pudiera tener un hijo con otra mujer, tal y como le había comentado una amiga.

El qué dirán

También el qué dirán propio de los pueblos aparece reflejado en las cartas, concretamente en las firmadas por Una Enlutada (Binéfar) y N.N.1 (Algayón). La primera se sentía muy presionada por la opinión de amigas y conocidos, que no comprendían su decisión de llevar luto riguroso tras la muerte del padre de su novio, algo que a ella le parecía lógico pues la fecha de la boda estaba próxima y se sentía muy cercana a su futura familia política.

En cambio, la muchacha de Algayón, que reconocía su miopía («soy corta de vista»), no se ponía gafas porque «me doy vergüenza y todos me mirarían», terrible realidad que nos demuestra la presión de vivir en un lugar pequeño donde todo el mundo se conoce y la vida se comparte, aún sin pretenderlo, con los demás.

Limitaciones de vivir en un pueblo

En la década de los cincuenta se inició en España un proceso de éxodo rural que desplazó a millones de personas hacia grandes ciudades inmersas en un acelerado proceso de desarrollo. Pero además, en ese proceso, también se produjo una crisis de la percepción que el habitante del mundo rural tenía de su situación, especialmente si se comparaba con los residentes en la ciudad, que tenían a su alcance un amplio abanico de servicios de todo tipo (educativos, sanitarios, de recreo, de consumo...). Las jóvenes literanas, al menos en el momento de escribir sus consultas, seguían residiendo en un mundo eminentemente rural, pero eran muy conscientes de las limitaciones que este llevaba

aparejado y miraban con envidia a aquellas conocidas y familiares que regresaban en determinadas ocasiones desde la gran ciudad, cuya apariencia era muy diferente a la de aquellas a las que trataban diariamente. No es de extrañar, en ese contexto, que Pilarín (Binéfar), mientras explicaba sus problemas amorosos, contara que le hacía mucha ilusión ir a Barcelona, donde permaneció un año.

El lamento por la realidad del pueblo y su falta de servicios queda patente en varias cartas:

R.I. (Cuatrocorz) afirma textualmente que:

Soy una jovencita de 15 años que me gusta mucho vestir, aunque sencilla, pero modernita, cosa que no puedo apenas seguir por estar en un pueblecito excesivamente pequeño y apenas salgo para enterarme y estar bien al corriente de todo lo que se lleva

En su caso, la posibilidad de «ir de veraneo» (seguramente acompañando a algún familiar residente fuera) fue la que le llenó de dudas acerca de la idoneidad de su guardarropa. Se intuye en ella el miedo a parecer una niña de pueblo, rancia y anticuada.

N.N. (Alcampell), refiriéndose a un aparato utilizado para la gimnasia, aseguraba que: «estoy en un pueblo y por lo tanto no hay nada de eso».

También Marisa (Binéfar) afirmaba que: «me encuentro en el difícil problema que soy de un pueblo y no me es posible encontrar La Tropical, que es maquillaje en líquido y estoy encantada con él».

Por último, N.N. (Tamarite) también se quejaba de que «en este pueblo no hay nada de sus productos».

En ocasiones era la misma Elena Francis la que se refería a esa diferencia pueblo-ciudad, incidiendo en esa supuesta superioridad del mundo urbano sobre el rural. Ocurre cuando le contesta a N.N.¹ (Algayón): «Aquí en las grandes ciudades todas las chicas llevan gafas de sol, porque favorecen y además disimulan la miopía».

ELENA FRANCIS, AMIGA ENTRAÑABLE Y HADA MADRINA QUE TODO LO PUEDE

Las oyentes del programa mantenían una relación personal y cercana con Elena Francis. Su admiración era tan grande que la correspondencia que se generaba entre ellas las hacía sentir —de forma muy ingenua— especiales y únicas, y esperaban de la consultora un trato recíproco, sin ser conscientes de que sus cartas eran apenas una gota entre un mar de consultas, y sin poder adivinar entonces que las respuestas eran escritas por un equipo de personas contratadas para ello.

De esta forma, N.N. (Binéfar) pedía una respuesta para antes del domingo de la misma semana en que escribió su consulta, a la vez que se mostraba convencida de que Elena Francis iba a reconocer su letra porque le había escrito en otras ocasiones. Casos parecidos

son los de N.N. (Tamarite), que le escribía: «seguro se acuerda de mi dirección» y Una Enlutada (Binéfar), que solicitaba la respuesta para un jueves concreto.

Esa admiración se traduce en expresiones como: «la considero la mejor para exponerle mis casos» (N.N.1 (Algayón)), «estoy tan preocupada que no he podido pasar sin exponerle mi caso» (N.N. (Alcampell)) o «lo que Vd. me diga haré» (Montse (Binéfar)).

Solicitaban además de Elena Francis favores personales que se salían fuera de la mera respuesta a sus consultas. De esta forma, N.N. (Alcampell), al haberle sido sugerido el empleo de un rodillo de gimnasia para eliminar la barriga que tanto le preocupaba, llegó a pedirle a la señora Francis que lo comprara ella en la ciudad y se lo hiciera llegar a Alcampell por correo. Ella misma, en petición conjunta con su amiga, solicitaba también la dirección de actores americanos que quisieran cartearse con chicas españolas, citando textualmente a «Marlon Brando, Alan Lad, Rock Udson, Gueri Cuper, Glen Fort y Estebant Granger», aunque se conformarían, en última instancia, con la dirección de cualquier actor español. También R.I. (Cuatrocorz) solicitaba de Elena Francis, además de consejos sobre moda y belleza, precios de libros de Primaria que pudiera hacerle llegar.

CONCLUSIONES

La mujer literana que integraba el «Universo Francis» era una mujer muy joven, que residía en un pueblo, donde había realizado su educación primaria, y pertenecía a una familia de clase media. Con unas redes sociales sólidas, se divertía los domingos y días festivos, que eran días de cine, paseo y baile, siendo ocasiones muy especiales para ellas las fiestas patronales y las bodas.

Estas mujeres habían interiorizado el papel que la dictadura les había reservado y estaban especialmente preocupadas por su aspecto físico, que resultaba fundamental a la hora de conseguir un novio con el que formalizar la familia a la que debían entregar su vida.

Su juventud coincidió además con un momento en el que estaba penetrando en España una nueva estética femenina, ligada a personajes de la gran pantalla, que era difundida tanto en las revistas femeninas como en la radio, que vivió, en la segunda mitad de la década de los 50, su despegue definitivo como forma de ocio y entretenimiento. Además, el fin de la autarquía permitió el inicio de una cultura de consumo de masas que incluía productos y tratamientos cosméticos y, aunque estas jóvenes sabían que en el mercado había solución para los problemas estéticos que las atormentaban, se encontraban con la incompreensión de unos padres que como mucho toleraban el uso del lápiz de labios y del colorete, con la presión del qué dirán propio de los pueblos y, sobre todo, con las limitaciones que conllevaba el residir en el medio rural.

La confianza que depositaron en Elena Francis fue muy grande, y aprovecharon sus consultas de belleza para deslizar otras preguntas de índole personal. Para estas literanas, la correspondencia mantenida con Elena Francis implicaba, sobre todo, tender un puente hacia la modernidad y el mundo urbano, percibido como superior. Contar con ella suponía, en su imaginación, tener una amiga que podía poner a su alcance todo

aquello que su entorno les negaba, lo que ya hemos visto que podía incluir desde una crema a un aparato de gimnasia o la dirección de un famoso actor americano.

Hay que reconocer a los responsables que construyeron el personaje de Elena Francis el mérito de proyectar un personaje extraordinario que marcaba lo que estaba bien y lo que estaba mal, y que fue apoyo, consuelo y guía para millones de españolas que jamás dudaron ni de su existencia ni de la idoneidad de sus respuestas. A ella acudían mujeres con problemas económicos, desarraigadas, víctimas de abusos y violencia, ignoradas por sus maridos, madres solteras... A su lado, las preocupaciones de las jóvenes literanas pueden parecer triviales y banales, pero son sin duda la expresión del sentir y las limitaciones a las que se enfrentaban en su día a día en una comarca eminentemente rural.

BIBLIOGRAFÍA

- BLASCO HERRANZ, I. (1997). «Moda e Imágenes Femeninas durante el Primer Franquismo: entre la Moralidad Católica y las Nuevas Identidades de Mujer». *Artículos y Ensayos. Utopía y Praxis Latinoamericana* (2), pp. 83-93.
- BALSEBRE, A.; FONTOVA, R. (2018). *Las cartas de Elena Francis. Una educación sentimental bajo el franquismo*. Ed. Cátedra.
- GÓMEZ GARCÍA, S; CABEZA, J. (2013). «Oír la radio en España. Aproximación a las audiencias radiofónicas durante el primer franquismo». *Historia Crítica* (50), pp. 104 -131.
- IMBERT, G. (1982). *Elena Francis, un consultorio para la transición*. Ed. Península.
- MARQUÉS COBO, M^a. P. (2020). «La educación franquista femenina en la Littera». *Littera. Revista de Estudios Literanos* (6), pp. 115-146.
- MUÑOZ RUIZ, M.^a del C. (2003). «La representación de la imagen de las mujeres en el franquismo a través de la prensa femenina, 1955-1970». En AMADOR CARRETERO, M.^a P., RUIZ FRANCO, M.^a del R. (coord.): *Representación, construcción e interpretación de la imagen visual de las mujeres: coloquio Internacional de la AEIHM* [organizado por Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres, del 17 al 19 de abril de 2002], pp. 405-422.
- MURILLO MURILLO, F. (2010). «La población de la Littera (1857-2009)». *Littera. Revista de estudios literanos*, (2), pp. 141-166.
- SOTO VIÑOLO, J. (1995). *Querida Elena Francis*. Ed. Grijalbo.

